

perioridad sin aleación con el pasajero valor del adjetivo y el adverbio, dioses de nuestro tiempo, y antes bien, asentada sobre la eterna sustancia del concepto pacientemente elaborado y sobre la acerada consistencia de un carácter que no conoció la deslealtad a sus hondas convicciones.

Los músculos de su ser se conmovieron siempre en constante impulso de ascensión y en perenne armonía con los más caros intereses del espíritu. Por esto la paz lo encontró siempre sobre el libro y la guerra firme y valiente en los campos de combate. De aquéllos extrajo la paciencia de la abeja cuanto necesitaba para la fabricación de su opulenta colmena espiritual; en éstos alcanzó un alto sentido de tolerancia, de aquélla que al considerar de cerca los humanos extravíos en el horror de la contienda armada y sin rehusar la defensa de las propias convicciones con el calor que reclama lo que es o se cree verdadero, rechaza la violencia como medio de propagarlas, las divulga en los pacíficos debates de la pluma y la palabra, respeta la sinceridad del adversario y compadece la perversidad de los que cambian de credos religiosos, científicos o políticos tan pronto como muda sus posiciones la abundancia suscitadora de los innobles apetitos. Y recibió también en ellos, entre el fragor de la metralla, la confirmación en la inquebrantable solidez de su carácter de aquel ínclito paladín de nuestra historia, inaccesible al miedo, más temible aún cuando blandía la pluma contra los tiranos de la Patria en la rugiente indignación del honor nacional por ellos ultrajado que cuando escribía estrofas de heroísmo en las batallas con el terrible centellear de su invicta espada y que en la familia de los grandes se llamó Julio Arboleda.

Incansable defensor de la justicia, acaudalado en tesoros de conocimientos jurídicos, dueño de un criterio seguro como pocos, perpetuo apasionado del estudio, avasallador en su elocuencia, arrogante en la resolución de su paso, dominador en la fulguración de su mirada, imperturbable ante las contrariedades de la vida, cada uno de sus actos denunciaba, como el sagrado aroma del incienso, la presencia de los templos, la augusta majestad de una conciencia límpida y evocaba en la apacible calma del terruño la excelsa figura de José Félix de Restrepo. Efectivamente nada habría tenido que agregar el incorruptible Magistrado, para no perder en el paralelo, a la austeridad de este rival en sabiduría y rectitud; ni de otra manera ni con otro gesto habría concurrido a los célebres debates de la Asamblea de Antioquia; ni habría vacilado en prohijar la labor de éste en el Juzgado del Circuito de Abejorral, digna por lo justa y sabia del más alto Tribunal de la República, y que es allá con su similar, la de Agustín Villegas, cátedra elocuente de integridad y competencia insuperables.

Su prestigio es de los que señalan rutas de perfección a los espíritus y su nombre un compromiso sacratísimo contraído con

el porvenir por la tierra que le dio la vida, para forjar con la plasmable juventud de sus hijos menores y en los moldes de aquella personalidad altísima nuevos ejemplares que mantengan en alto el nombre de la raza.

Puede, pues, dormir en paz el incansable justador de las jornadas del deber y del dolor, seguro de que mientras el símbolo cristiano arrulla su sueño con los cantos de la única esperanza, su recuerdo como áurea guirnalda ceñirá por siempre la frente de la ciudad genitora de esclarecidos varones.

Cumple, por tanto, ESTUDIOS DE DERECHO, con el doloroso deber de deplorar la muerte de este ciudadano prestantísimo y de hacer llegar su manifestación de profundo pesar a su honorable familia y especialmente al doctor Clodomiro Ramírez, digno heredero de las virtudes de aquél y timbre de orgullo para nuestra Escuela.

Jesús Naranjo V.

CLODOMIRO RAMIREZ

La Escuela de Derecho ejerce el principado intelectual en Antioquia. Por sus aulas han pasado varones dignos de decorar las páginas en que la historia reserva a los hombres venturos el grave secreto de hoy. En ella, como en refrigerado aposento de amables eruditos, se esconde cuanto más recio hay en la Patria que espera. De sus empeños clásicos ha brotado una tónica corriente de normas éticas y por ella y para ella viven los patricios que no claudicaron ni dieron jamás fórmulas para descuartizar la geometría curvada en que reside el ideario de los hombres.

Caballeros generosos hacen luz en aquella alegre noche de la juventud que llega para saber. Agustín Villegas va tomando grano a grano aquella mole de los derechos civiles y va, filosofía adelante, ejecutando las graves tareas de hacer amplio aquel desmiñado andamio de preceptos jurídicos. Allí Francisco Cardona, poseído de un valor austero, repasa línea a línea el derecho doloroso que el minero tiene para su causa llena de espinas. Lázaro Uribe Cálad pone su frase afilada, temperante, dócil, para dar a conocer las huellas que deja el puñal de Toledo, las traiciones que hacen las aguas de los ríos clamorosos, la manera como al muerto en la aventura de media noche se le rompe el cráneo o se le atasajan las vísceras. José Luis Molina se pasea a todo lo ancho y lo largo de la legislación nacional. Isaías Cuartas, que en la Escuela de Derecho es, con su naturaleza señora y paternal, una especie de tío-abuelo a quien todos veneran y a quien todos respetan, conoce hasta la medula todos los repligues y las ondulaciones del vasto cuerpo legal. Lázaro Tobón, que nació para satisfacer todas las curiosidades de los muchachos escrutadores e inexpertos. Mariano Ospina Pérez, que señorea el manejo de todos los meca-

nismos de reproducción. Alfredo Cock, que lo mismo arremete un problema internacional que rompe la baraúnda financiera. Nicolás Vélez, caballerescamente agresivo, magnánimo, que vive en los códigos como en su propia casa, que los acomete con una propensión y un desenfado que sugieren haber sido autor de alguna maniobra civil. Julio E. Botero, cuyas enseñanzas mercantiles dan hasta la salud al cuerpo... Francisco E. Tobar, que es todo generosidad de corazón. Por allí han campeado también Juan E. Martínez y Alejandro Botero Uribe, para cuyos nombres es mengua todo lo que no sea escrito en el grávido lenguaje en que Rolland habló de los varones ejemplares.

Clodomiro Ramírez es profesor—ya hace veinticinco años que lo es—en aquella Escuela a quien tanto tenemos qué amar. Tocónos en suerte—mala suerte para quien no tenga escrita la fatal divisa de cocer el pan bajo la piedad aleatoria del cielo azul—la dura de oír la clase de Derecho Civil a las seis de la mañana. Aquella impiedad de la hora no tuvo sino una mitigación—y que mitigación, señor!—: El profesor era Ramírez. Quien despertaba a las cinco de la mañana y recordaba que Clodomiro era el expositor, tenía qué incorporarse.

Se entraba bajo la mirada torva de Juan de Dios—entonces la Escuela era en el edificio de la Universidad—y cada uno lucía su cara de inexperiencia y esa cosa primaveral que infunde la mañana.

Se llegaba al salón de clases y ya Ramírez explicaba la teoría de las obligaciones, las modalidades que la mente de los juristos ingeniara, los secretos de la práctica que enseña que el código es una cosa que vive y casi que siente. Iba desenvolviéndose la explicación bajo la fuerza de aquella frase que jamás se rinde ante los vocablos, que se abre como un decir clásico con la elegancia ranciosa y fraternal de los que conocen el idioma, con una ironía tan buena y tan llena y, a las veces, con una mala intención que arrancaba dolidamente de la misma dulzura de su corazón. De repente se interrumpía a sí mismo y se planteaba un grave caso. ¿Qué hacer? Y el profesor, con ese aire de señor intelectual que pone en todo lo suyo, daba una solución tan inmediata, tan certera, que parecía que aquello no era un problema.

Y aquella alma tan enhiesta, aquel carácter que es una imperterrita línea de bronce. No debe haber tenido jamás la ocurrencia de preguntarse cómo será que los hombres claudican, porque para él es esa una postura que no tiene razón de ser. Como el preocupado occidental nunca se pregunta cómo se las arreglan los misteriosos hombres del Bósforo—tocados de blanco para afrontarlo todo sin inquietarse, Clodomiro nunca ha pensado, no se ha preguntado cómo se claudica.

Para hablar de su alma transparente que tiene la misma manera de presentarse toda y darse que tienen las aguas claras

que por ocultos cauces van a las arrebuajadas casitas de los labradores, hay que ser bueno un momento, el momento en que se habla. De aquella misma manera que dicen los místicos que para tocar con la esencia divina en tratados es necesario ser santo, para hablar de los hombres buenos hay qué transformarse. Clodomiro Ramírez, como don Quijote decía de San Martín, no da la capa entera al mendigo porque hay invierno. Pero es posible que sufra la racha con la sola capa de su bondad. De su esencia es la dádiva. En su naturaleza hay un tejido de células místicas que denuncian a cada paso el hombre hecho para cooperar. Es el tercerista para todos los desgraciados. De él, como de aquella alma floral y beata de Max Elshamp dijo Jammes, se dijera que de haber sido mujer habría sido hermana de la caridad.

Como sucede muy raras veces, hay en Ramírez una dualidad casi inexplicable: es un gran abogado, un abogado del estado mayor, y un poeta. Dentro de su espíritu tienen igual cabida la concepción del derecho y la de la belleza. Es uno de los ejemplares más definidos que una raza fuerte puede dar. Y toda aquella valía la guarda él dentro de una capa de sencillez filosófica, como bajo la humosa capa negra de la tierra va el hilo rutilante del oro.

Por ese corazón; por ese cerebro; por esa alma, todos los homenajes merece. Y sobre todo por esa intrepidez invicta que nunca ha conocido las situaciones embarazosas que para muchos crea la necesidad de decir una verdad.

Para él el gajo preclaro del laurel por el que corre todavía húmedo y vivaz el jugo de la tierra.

Alfonso Cadavid Uribe

CLODOMIRO RAMIREZ

La Vida del doctor Clodomiro Ramírez es fecunda en méritos.

Hablar de ella, sin descubrirse, es profanar su nombre glorioso. Sería fácil llenar las páginas de un libro voluminoso a quien quisiera emprender la tarea de analizar su obra.

Al que escribe estas líneas le agradecería ocuparse en tarea tan honrosa como es la de referirse al Maestro que fue su profesor y hoy le honra con su amistad. Pero el elogio cuando viene del menos autorizado para ello, deslustra y empaña la gloria que brilla con luz propia..

Al escribir este brote espontáneo sería vana presunción pretender ensalzar al doctor Clodomiro, porque bien sé que su solo nombre es una consagración y que la historia de nuestra Patria le hará justicia colocándolo entre sus hijos preclaros.

El bronce eternizará su memoria para que las generaciones venideras lo contemplen como un ejemplo.